

**«¡NUNCA HEMOS VISTO NADA IGUAL!» (Mc 2,12)****LECCIÓN - 1**

# «Vosotros estaréis tristes» (Jn 16,20)

**por Pierluigi Banna\***

Es impresionante la verdad en la que nos introduce el canto *Non son sincera*. Podemos vivir, podemos tratar de hacer algo bueno en la vida, podemos incluso decidir pasar las vacaciones de Pascua no en la discoteca, sino en el Triduo de GS, y sin embargo hay una voz en lo hondo de nuestra persona que nos dice que no somos sinceros. «Pasa mi tiempo, no soy sincera, amo a la gente, no soy sincera. Vivo el presente, no soy sincera» (p. 27 del Cuadernillo)\*\* . Podemos incluso enamorarnos, vivir a lo grande, haber tocado las estrellas, y sin embargo esos errores habituales y la incoherencia vuelven de forma estable, incluso delante de las mayores emociones, de todos los entusiasmos que nos han aferrado en la vida. Incluso hemos dicho, en algunos momentos poco frecuentes: «¡Nunca hemos visto nada igual!». Pero después parece que, al dar la vuelta a la botella, vemos que hay una fecha de caducidad; una vez que termina el efecto, volvemos a la vida acostumbrada de antes.

Nos entra casi la tentación de no volver a decir esa “maldita” frase: «¡Nunca hemos visto nada igual!», porque antes o después el efecto termina, se desvanece. Escribe uno de vosotros: «La frase: “¡Nunca hemos visto nada igual!” no quiero pronunciarla. Porque sé por experiencia que, después de haber experimentado la emoción del momento, a la larga esta posición no se mantiene». Algo parecido escribía la poetisa Alda Merini (en la p. 28 del Cuadernillo): «Lo que es pasado [por muy grande que sea] / es como si nunca hubiese existido [...] / Lo que ya he visto / ya no cuenta nada» (*Il mio passato*). Entonces, surge la pregunta que muchos habéis planteado en vuestras contribuciones: «¿Merece la pena ser felices, si no estamos seguros de que esto dure para siempre?». O bien: «¿Cómo tener una mirada sedienta que no se apague frente a la primera dificultad?». Uno de vosotros escribe: «Me asusta pensar que los 17 años que he vivido han sido una sucesión indistinta y carente de influencia de cosas bonitas y feas; esto me da miedo. ¿Cómo hacer para darme cuenta de que esta belleza existe de verdad? ¿Cómo ser capaz de buscarla eficazmente? ¿Dónde está eso que da sentido y orden a todas las anécdotas confusas de la vida?». Esta es hoy la cuestión, amigos. Tratad de identificarla en vuestra vida. ¿Estamos verdaderamente condenados a la dictadura de los sentimientos por la que, una vez pasada la emoción, cualquier cosa bonita se convierte en un viejo recuerdo?

Pensad que también los discípulos de Jesús tenían el mismo problema: el jueves por la »

\* Lección en el Triduo Pascual de Gioventù Studentesca, Rimini, 14 de abril de 2017.

\*\* El cuadernillo «¡Nunca hemos visto nada igual!» contiene los pasajes citados a lo largo del Triduo Pascual y se puede [descargar en formato PDF](#).

» noche estaban sinceramente apegados a ese hombre: «Aunque todos escandalicen de ti, yo no lo haré», le dice Pedro, y añade: «Moriré contigo»; y los demás: «¡Nosotros también!» (cf. Mt 26,33-35). Pero después de unas pocas horas, les vence el sueño y no consiguen hacerle compañía mientras Él está atravesando el momento más dramático de su vida. En el huerto de los Olivos los discípulos se duermen. Y cuando Jesús es arrestado, todos huyen. ¡Nada más lejos de morir por Él! Huyen y abandonan a Jesús. Como se puede ver, nosotros somos como ellos. Después de la primera emoción —que nos hace exclamar: «¡Nunca hemos visto nada igual!»—, todo se derrumba a la mínima.

Los sentimientos de los Apóstoles son nuestros mismos sentimientos: hemos visto, nos llenamos de asombro, hacemos promesas, pero luego huimos. Escuchemos con atención las palabras del Evangelio. Entonces, ¿ha de tener todo una fecha de caducidad? ¿Estamos condenados a la dictadura de los sentimientos?

«Después de cantar el himno, salieron para el monte de los Olivos. Jesús les dijo: “Todos os escandalizaréis, como está escrito: ‘Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas’. Pero cuando resucite, iré delante de vosotros a Galilea”. Pedro le replicó: “Aunque todos caigan, yo no”. Jesús le dice: “En verdad te digo que hoy, esta misma noche, antes que el gallo cante dos veces, tú me habrás negado tres”. Pero él insistía: “Aunque tenga que morir contigo, no te negaré”. Y los demás decían lo mismo. [...] Vuelve por tercera vez y les dice: “Ya podéis dormir y descansar. ¡Basta! Ha llegado la hora; mirad que el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los pecadores. ¡Levantaos, vamos! Ya está cerca el que me entrega. [...] Y todos lo abandonaron y huyeron» (Mc 14,26-31.41-42.50).

«Todos lo abandonaron y huyeron». ¿Cómo es posible? ¿Abandonan la cosa más grande, a la persona más grande que han conocido en su vida? Sí, bajo el peso del miedo, de la incertidumbre, lo abandonan. Parecía una gran amistad, ese hombre parecía el mejor amigo que nunca hubiesen conocido, ¿y basta tampoco para hacerles huir? Parecería que tiene razón *A beautiful disaster* (p. 29), una canción que puede gustar o no gustar, pero que dice algo muy significativo: «Tomo esos pedazos de vida que he vivido por equivocación [porque tiene que justificar que los ha vivido por equivocación] y los cambio por emociones de poca monta». ¡La dictadura de las emociones de poca monta! El miedo imprevisto, la angustia, la rabia, la incompreensión pulveriza hasta las cosas más bonitas de la vida, como les pasó a los discípulos de Jesús. Muchos de vosotros lo contáis en vuestras contribuciones. Por fin ha llegado ese enamoramiento que esperabais desde hacía tanto: ella es la persona adecuada y las cosas van bien porque ella también quiere esa relación. ¡Qué intensidad de miradas! ¡Qué entendimiento! «Parece que me conoce desde que nació. ¡Nunca había visto una cosa tan bonita!». Pero una mañana, todas las cosas salen al revés. Te pasa de todo: el despertador no suena, tu padre ya se marchado de casa, tienes que tomar el autobús y llegar a la segunda hora, lo haces todo deprisa, ¡todo deprisa! Tenías incluso un examen y “ella” empieza a mandarte mensajes: «Pero, ¿dónde estás?», «¡Te estoy esperando!», «¿Qué te ha pasado?», «¿Por qué no has venido?». Al mismo tiempo, mientras estás en el autobús, piensas que quizá deberías tomar más a menudo se autobús, porque allí está esa chica que es más guapa y mucho más sencilla, no te agobia con mensajes, pretendiendo saber dónde estás, qué estás haciendo; con una mirada ya os entendéis. Mientras que responderle a “ella” no es tan espontáneo, y luego está el «¿pero quién se cree que es en mi vida?». Entonces pensamos que todo ha terminado. Bastan emociones de poca monta para pulverizar hasta las promesas más grandes. Diría Leopardi: «Mas si un discorde acento / hiere el oído [si una emoción equivocada hiere el oído], en nada / tórnase el paraíso en un momento» (*Sobre el retrato de una bella mujer*). Ese paraíso se desvanece, se pulveriza. Entonces parece que nos vemos obligados a esta dictadura de las emociones, a cambiar de opinión a cada segundo, a no poder tener afecto por nada, a ser esclavos, a estar a merced de los sentimientos. Don Giussani se pregunta cuál es el enemigo de la amistad: »

» «El enemigo de la amistad es el humor», porque el humor es la reacción inmediata (tristeza, aburrimiento, rabia), «es como la flor del campo [...]: por la mañana está y por la noche se ha secado» (en la página 28).

Llegamos incluso creer que podemos defendernos con estrategias, pero incluso estas se revelan de poco alcance: tratamos de no dejarnos arrastrar por el viento de las emociones, intentamos repetirnos y convencernos de que es inútil entusiasmarse e ilusionarse, pues la emoción pasará, porque ya las has probado todas y sabes que al final no serás feliz. Decimos: «Soy un trozo de hielo, ninguna emoción me afecta. Como sé que tarde o temprano pasa, no tengo afecto por nadie». Intentamos ser cínicos, como si fuéramos piedras, con el electroencefalograma plano. «Sí, ¿vas al Triduo? ¿Sabes que lo hacen todos los años? Todos llegan y exclaman: “¡Qué bonito, qué bonito!”», pero luego vuelven a casa y todo se ha acabado. ¡Tranquilo! Todavía estás en primero de liceo. Cuando llegues a quinto, comprenderás que es una rueda». Como escribe, con gran agudeza, uno de vosotros: «¿Qué me importa a mí este abrazo que se me ha regalado, si luego mañana por la mañana vuelvo a vivir mi vida exactamente como ayer y antes de ayer, sin que nada haya cambiado en mí?». Ser cínico ya a los 14 años, a los 15, a los 16 años, es algo verdaderamente inhumano. Es inhumano pensar que ya nada podrá cambiarme, saber ya cómo va a terminar todo.

Pero entonces, ¿hay que eliminar todas las emociones? ¡No! Escuchad cómo continúa don Giussani (p 28): «La amistad no va contra la emoción» (*Avvenimento di libertà*). Porque un hombre sin emociones es un hombre muerto. ¿Quién renunciaría al asombro del inicio, como sucede en el enamoramiento? ¿Quién renunciaría al «pánico dulcísimo, tierno y sorprendido» (¿Se puede vivir así?) que se adueña de nosotros delante de alguien que nos atrae, delante de una persona que por fin nos entiende? Pero, ¿quién renunciaría a eso? Sería verdaderamente inhumano no entusiasmarse, no enfadarse, no estar tristes. La realidad, por el hecho mismo de que sucede, despierta un sentimiento, provoca las emociones que abren el corazón.

La verdadera amistad no va contra la emoción, sino que «la verdadera amistad va contra la emoción sin razón» (*Avvenimento di libertà* en la p. 28), porque una emoción sin razón te hace probar mil cosas, pero hace que se te escape el sentido, no te permite captar el significado. Como dice Eliot: «Hicimos experiencia, pero se nos escapó el significado» (*Los cuatro cuartetos* en la p. 29). ¿Qué quiere decir una emoción sin razón? Os pongo un ejemplo banalísimo. Me diréis: ¡así es demasiado simple!, y sin embargo sucede tal cual. Yo voy a un bosque y veo una seta espectacular, preciosa, parece que vuelves al mundo de los pitufos, con ese sombrero con puntitos simétricos, uno más pequeño, uno más grande. ¡Es preciosa! ¡Pero qué seta más bonita! Será la mejor seta del mundo. No veo el momento de comérmela. De hecho, me la como cruda. Un poco de aceite por encima; ¡buenísima! Delante de mí hay un viejo cartel en el que pone: «¡Atención: setas venenosas!». ¡Bah, es demasiado bonita para ser venenosa! ¡Imagínate, una seta tan bonita! Me ha conmovido. La arranco. Debo seguir esta emoción. Tomo la seta, tengo que comérmela. Es tan bonita que no puede no ser buena. Es tan buena que... ¡me mata! Esta es la emoción que confunde al corazón, una emoción carente de razones. Con esta emoción sin razones nos comportamos mil veces al día con otros tipos de setas (entendámonos), pero sobre todo con las amistades, que es algo más grave: «Venga, es solo una bravuconada, ¿qué hay de malo?». ¡Razona, razona! Eres un hombre, gracias a Dios. Cuando seguimos nuestras emociones sin razón –lo sabéis bien– sucede lo que decíamos ayer por la noche: nos encontramos engañados por nosotros mismos y no podemos tomarla con nadie. Como dice el canto que vamos a cantar ahora, solo queda en nuestra mano «tierra quemada» al haber pulverizado incluso las experiencias más bonitas. Como les sucedió también a los discípulos: tierra quemada, nombres sin un porqué. ¿Qué habían hecho de su relación con Jesús? «Queda solo la añoranza de un día desperdiciado / y la espera cierta de Ti». Cantamos juntos *La guerra*, en la página 29.